ta, y todo quedó en completo silencio. Aguardé un poco. Puse luego la mano en el picaporte, y con mucha, muchísima lentitud, lo fuí levantando, levantando, de modo que no hiciera ruido. Cuando me pareció bastante, empujé, y la puerta cedió; empujé más, y la fuí abriendo poco á poco, cuidando de que no rechinara. Durante esta operación, toda mi sangre se paró dentro de mí. A medida que la puerta se abría, iba observando todo lo que había dentro de aquella estancia. Primero ví un lecho con cortinas blancas, luego una mesa con labores de mujer, y, por último, una figura puesta de rodillas delante de un reclinatorio. Vuelta hacia mí aquella figura, que apoyaba la frente en el reclinatorio, no era fácil reconocerla, pues de su cabeza no se veía sino el cabello; pero yo la reconocí, y era ella misma: era Inés.

Avanzando resueltamente, pero siempre con pasos muy quedos, entré y me dirigí hacia ella.

XXVIII

Cuando Inés alzó la cabeza y me vió delante, tras un estremecimiento que indicaba el mayor espanto, quedóse atónita, sin habla, con disposición á perder el sentido. La emoción me impedía al mismo tiempo el pronunciar algunas palabras para tranquilizarla. Mi presencia le causaba terror; iba á gritar sin duda.

—Inés, Inesilla—dije al fin,—no te asustes: soy yo, soy yo mismo. ¿Creías tú que me había muerto? No: mírame bien, estoy vivo. No me tengas miedo.

Diciendo esto la abrazaba, estrechándola contra mi pecho.

—¿Creías tú no volver á verme más?—proseguí.—Te dijeron que me había muerto. ¡Pícaros, cómo te engañan! Aquí estoy; no me preguntes cómo he venido. Yo no lo sé. Creo que Dios me ha traído por la mano para que nos veamos.

Inés tardaba mucho en volver de aquel estupor que por algunos minutos pareció quitarla el conocimiento: mirábame con ojos asombrados; derramó algunas lágrimas, y su rostro, fluctuando entre el llanto y la sonrisa, revelaba en cada segundo una sensación distinta. Pasado un rato, fijando la atención en mi vestido, pareció profundamente asombrada; volvió á reir, y me interrogó con los ojos. Sus manos, sus brazos temblaban entre los míos de un modo alarmante, y temiendo que la impresión producida en su organismo por tan fuerte sorpresa fuera demasiado lejos, la tomé en brazos, púsela con el mayor cariño sobre el cercano sofá, y sentéme junto á ella, procurando calmarla y explicándole en términos precisos mi inesperada aparición.

—¿Pero dónde estabas tú?—me dijo.

—En la habitación de tu padre. Allá me

dejó cuando te llamaron, y allí te estaba esperando. ¿Por qué no fuiste? Mi impaciencia era tanta que no pude resistir, y como un ratero me metí por esas habitaciones hasta llegar aquí.

—¿Y cómo entraste en Palacio?

—Eso es largo de contar. Me han pasado muchas cosas, Inesilla de mi corazón. Yo no sé cómo he venido aquí. Había prometido no verte más ni hablarte; pero yo no sé por qué me encuentro á tu lado y te veo y te hablo. ¿Con que me creías muerto?

—Sí, ¡muerto!—dijo con tristeza.—Sin embargo, yo confiaba en que fuera mentira, y muchas veces he tenido el pensamiento de que ibas á venir. Anoche, ayer, ahora mismo he estado pensando en esto, y al quedarme sola he sentido gran zozobra creyendo verte en los espejos, ó salir de detrás de esos armarios, ó entrar por cualquiera de esas puertas como un fantasma. ¿Pero cómo has venido aquí? ¿De qué invención te has valido? Si te descubren... Estás vestido como un caballero.

—Sí, Inesilla—respondí besándole las manos.—Pero aunque me ves vestido de caballero, no creas que lo soy. Soy lo mismo que era antes, cuando estábamos en casa de D. Mauro: es decir, no soy nada. Tú estás tan por encima de mí, que debes avergonzarte de mirarme.

Al oir esto, todo cambió en su espíritu, y la ví sonreir de un modo espontáneo y festivo, perdida ya la emoción dolorosa del primer momento.

—Yo no pensaba verte más—continué;—pero la casualidad ó la Providencia han querido que te vea. ¡Qué desgraciados somos, ó mejor dicho, qué desgraciado soy! Porque yo tengo que renunciar á tí, tengo que marcharme para no volver más. ¿No comprendes tú que ha de ser así, que no puede ser de otra manera? Para mí valiera más no haber nacido. ¿Por qué te conocí? ¿Por qué te volviste gran señora? ¿Por qué Dios, que á tí te sacó de la humildad para traerte á los palacios, me dejó á mí en la miseria y en la obscuridad de mi nombre?

—No me has dicho todavía por qué estás vestido así,—indicó con el mayor asombro.

—Nada de esto es mío, Inesilla—repliqué con profundo dolor.—Estas ropas son como las que se ponen los cómicos cuando salen á la escena vestidos de reyes. Después se las quitan y quedan hechos unos mendigos: lo mismo soy yo. Si ahora se descubre la farsa que me ha traído aquí, tus criados me echarán del Palacio ignominiosamente. No soy nadie, no soy nada. Yo creí que no te vería más; pero algún poder superior nos ha puesto esta noche juntos, y yo que he jurado ante la Condesa, tu prima, no verte ni hablarte más en la vida, estoy ahora á tu lado para decirte que te quiero y te adoro, y me muero por tí. Seré un malvado, un tramposo, un miserable que se burla de todas las conveniencias de la sociedad; pero siendo todo esto, y aún más, insisto en decir que no puedo dejar de quererte, aunque me lo prohiban todas las potencias de la tierra, y

aunque entre nosotros se pusieran con la espada en la mano todos tus parientes y antecesores desde que el mundo es mundo.

Inés parecía meditar. Después de un rato de silencio, me dijo con tristeza:

—Mis parientes son muy crueles conmigo.

—No, hijita mía: considera tú su posición, su nombre, lo que deben á la sociedad, y comprenderás que no pueden hacer otra cosa. ¿Cómo han de admitirme en tu familia? La idea de que me amas les causa horror, y se creen deshonrados con sólo mirarme. Tu prima la Condesa es muy buena. Si tuviera tiempo para contarte los beneficios que le debo y el afecto que me muestra, te asombrarías.

—Ha llegado el caso de que yo devuelva á mi familia todo lo que me ha dado, y tome por mí misma lo que no ha querido darme,—dijo Inés.

—Tú tendrás prudencia y esperarás.

—Hablaré francamente á mi prima. Ella me ha dicho que quiere verme feliz á toda costa, y es la que me defiende de las impertinencias de mis cinco maestros, y la que me salva de la etiqueta, que es lo que más aborrezco. Yo le diré que has estado aquí...

—No, no, por Dios; no le digas que he estado aquí.—Yo debo marcharme ahora mismo, Inés; yo no puedo estar más á tu lado.

—No te has de ir—me dijo asiendo mis dos brazos para detenerme.—Yo se lo diré todo á mi prima; le diré que no te has muerto, que yo sé que no te has muerto, que nos hemos visto, y que has de volver.

—No, no le digas eso: desde este momento ya no merezco la benevolencia que ha manifestado.

—¡Oh!—exclamó Inés con mucha pena.—Pues entonces, ¿qué recurso nos queda? ¿Qué podemos hacer? ¿Cuándo vuelves tú?

—Nunca,—le respondí, sin reparar en lo que decía, pues mi exaltación no me permitía formular ideas concretas sobre nada.

—¿Cómo nunca?

—Sí, volveré cuando quieras—dije, estrechándola contra mi corazón.—Si tú me mandas que vuelva; si tú, despreciando las resoluciones de tu familia, insistes en quererme lo mismo que cuando éramos dos pobres criaturas desamparadas, volveré, quebrantaré las promesas que hice á tu prima, porque ¡ay! sin duda tu prima no sabe cuánto te quiero, cuánto te adoro, y de qué manera nosotros nos hemos dado un juramento que está por encima de todos los demás. Dile que no me he muerto, ni me moriré, mientras tú vivas, porque no quiero ni debo morirme; dile que aquí estaré, mientras tú no me eches, y que antes que fueras Condesa, y Duquesa, y Princesa, habías resuelto casarte conmigo, que no soy caballero ni soy nada, aunque teniendo tu cariño no me cambio por todos los nobles de la tierra.

Inés al oirme se animaba mucho. Encendiéronse sus mejillas, y el vivo resplandor de sus ojos indicó una irrupción de sensaciones agradables y de ideas de felicidad, que de improviso se apoderaban de su abatido espíritu. Tomándome la mano, me dijo:

—Juro que no me he de casar sino contigo, cualquiera que sea tu suerte, cualquiera que sea tu posición. Dicen que yo soy rica, y que soy noble. ¿No es esto bastante? Yo les diré que si no me quieren de este modo, me quiten todo lo que me han dado. Les diré que tú eres para mí más caballero que todos los demás, y, por último, que ninguna fuerza humana me obligará á dejar de quererte, porque Dios lo ha ordenado así. Tengamos confianza en Dios y esperemos. Lo que parece más difícil, se hace de pronto fácil. Yo sé, sin que nadie me lo haya enseñado, que cuando las cosas deben pasar, pasan, y que la voluntad de los pequeños suele á veces triunfar de la de los grandes.

Al decir estas palabras, que indicaban, junto con un firme amor, un profundo sentido, Inés me mostraba la superioridad de su alma, bastante fuerte para poner las leyes inmortales del corazón sobre todas las conveniencias, preocupaciones y artificiosas leyes de la sociedad.

—¡Inés!—le dije, prodigándole las más tiernas muestras de cariño.—A pesar de estar tan alta, tú eres hoy tan desgraciada como yo; pero para los dos vendrán días felices y tranquilos.

Yo había olvidado todo temor, las causas de mi presencia en aquel sitio, lo avanzado de la hora; no me acordaba de su familia, ni de mi fuga, ni de la policía, ni de nada; no veía más mundo que aquel pequeño, ¡qué digo pequeño!... aquel mundo infinito que mediaba entre nuestros ojos.

—Tú sabes y sientes mejor que yo—exclamé;—tú me señalas el camino que debo seguir, y lo seguiré. Te amo tanto, que querría morirme aquí mismo, si supiera que habías de ser para otro. Y vengan contrariedades, vengan orgullos, vengan obstinaciones de familia, vengan obstáculos, venga todo, que todo lo desprecio. ¿Qué valen cien mil coronas condales, y las mayores riquezas del mundo? Todo eso no será suficiente razón para quitarme lo que es mío, mi Inesilla de mi alma y de mi corazón. Si soy pobre y miserable, que lo sea: nada importa, puesto que, miserable y pobre, quieres tú más uno de mis cabellos que las coronas y tesoros de todos los duques de la tierra. ¿No es cierto? Y que venga ahora toda la sociedad y toda Europa, y toda la historia y el mundo todo á decirme que no podrás ser mía. Que vengan y yo les diré que se vayan á paseo, porque nosotros no necesitamos de ellos para nada, y nosotros valemos más que todo eso. ¿No es verdad? Cuando prometí á tu prima renunciar á tí, prometí lo absurdo y lo imposible, lo que no dependía de mi voluntad, porque el amor que nos tenemos es obra de Dios, es como la vida, y sólo puede quitarlo el mismo que lo da.

Así me expresé yo, y en este tono hablamos un poco más, y luego cambiamos de asunto, y seguimos departiendo en serio y en broma sobre mil cosas que nos ocurrían, sin acordarnos de nada que no fuera nosotros mismos, y menos del tiempo que iba transcurriendo á toda prisa. De tema en tema vino á mi pensa-

miento el objeto que allí me había llevado, y le conté el incidente de D. Diego con sus torpes y abominables planes. Ella se sorprendió de esto, y me dijo que nunca había supuesto á Rumblar tan rematadamente malo. Seguimos luego hablando de otros asuntos, y ella se reía de mi traje, y yo de sus graciosas ocurrencias, al referir las ceremonias palaciegas á que había asistido. Repetidas veces pasó por mi mente la idea del gran peligro que allí corría; pero era tan feliz, que yo propio arrojaba lejos de mí aquella idea importuna. Al fin entró de pronto una criada, y dijo:

—¿Se le ofrece á la señorita alguna cosa?

Díjole Inés que no, y se fué; pero me observó de soslayo el tiempo que allí estuvo.

Seguimos hablando, y al poco rato apareció otra criada que me miró mucho también, preguntando:

—¿Ha llamado la señorita?

Y luego que ésta se retiró, parecióme sentir cuchicheos y ruido de pasos tras de la puerta. Comuniqué á Inés mi recelo, y al punto convinimos en que me debía retirar. ¡Qué escándalo! Era mucho más de media noche. Ella misma me llevó al cuarto donde antes me había dejado el diplomático, y después de discutir un rato sobre lo más conveniente para salir en bien de aquel paso, acordamos que esperaría al Sr. D. Felipe, continuando, cuando volviera, el mismo papel de Duque de Arión, y que con cualquier pretexto saliese después, poniéndome en salvo antes de la mañana y hora en que necesariamente habían de llegar

Amaranta ó su tía. Despidióse Inés de mí, dándome muchas esperanzas, y prometiéndome que nos veríamos cuando menos lo pensase, y me quedé solo otra vez donde antes estaba.

Cansado de esperar, quise salir; pero encontré la puerta cerrada por fuera, y en el mismo instante en que lo advertía, sentí que una mano desconocida cerraba también la que me había dado paso hacia la habitación de Inés. Estaba preso.

Presté atención á ciertos ruidos cercanos, y percibí otra vez cuchicheo de voces diversas, como risas y chacota de criados y gente menuda; lo que acabó de revelarme el peligro en que me encontraba, y la proximidad de un lance desastroso. A esto había venido á parar el Duque de Arión.

Oí á poco también la voz del diplomático, que algo turbada decía:

—Id á avisar al cuerpo de guardias. ¿Estáis seguro de que no lleva armas?

Luego los rumores se extinguieron para resonar de nuevo hacia el cuarto de Inés, con voces de hombre y de mujer, confundidas en viva disputa. Y la voz de Inés se oyó muy cerca, aunque me fué imposible entender lo que decía. Lleno de congoja, mas también colérico ante la idea de que se me tomase por un ladrón, dí golpes en la puerta con pies y manos, pidiendo que se me abriera, lo cual aumentó las risas del exterior.

—Es muy posible que lleve pistolas—dijo el diplomático.—No abráis, mientras no venga un pelotón de la guardia.

Pero el criado á quien tan prudentes advertencias se dirigían, no hizo caso de ellas; abrióme la puerta, y abalanzándose hacia mí con otros dos de su misma estofa, dijo:

—No te escaparás, no. A ver, registradle bien los bolsillos, y sacadle todo lo que lleve.

—Canallas—grité luchando con ellos.—Yo no me llevo nada. Ladrones y rateros seréis vosotros, que no yo.

—Creo que debéis amarrarle, muchachos—dijo el diplomático, entrando con gran arrojo. —Desde luego sospeché que este joven no era mi pariente. Por fuerza ha de tener los bolsillos llenos de alhajas: registradle bien. ¿Decís que estuvo en el cuarto de mi hija más de tres horas? Eso no puede ser, caballerito—añadió encarándose conmigo.—¿Quién es usted? Vive Dios que aquí hay algún misterio.

—Este es el que en el Escorial sirvió de paje á la señora Condesa,—dijo uno de los criados empujándome con tal fuerza, que me hizo caer al suelo.

—Este estaba en Córdoba hace seis meses, y todos los días venía á la puerta de casa,—dijo otro dándome con el pie, una vez que caido me vió.

—Y es, si no me engaño, el que tiraba chinitas á la ventana,—afirmó una criada, hundiendo sus uñas en mi carne.

—Me parece que le he visto en casa vestido de fraile,—dijo otra dándome en la cabeza con las tenazas de la chimenea.

—Ya le conozco, y sé muy bien lo que le

trae por aquí,—indicó una tercera tirándome fuertemente del cabello.

—¿Con que nada menos que Duque de Arión?—dijo un lacayo dándome una manotada en la chupa con tanta fuerza, que me la rasgó de arriba abajo.

—¡Miren el Duque de papelón! ¡Pues no vino con pocos humos!—exclamó otro anudándome la corbata tan violentamente, que pensé morir estrangulado.

—Desnudadle en el acto.

—No: aguardad á que venga la autoridad —ordenó el Marqués.—¿Con que es un paje de Amaranta, que fué á Córdoba, y que arrojaba chinitas vestido de fraile? Bien decía yo que esta cara no me era desconocida. ¡En el Escorial, en Córdoba...! ¿Te llamas tú Gabriel? ¡Gabriel, Gabriel!... Con que Gabriel...

Y diciendo esto, D. Felipe Pacheco y López de Barrientos dió algunas vueltas por la estancia, revolviendo, sin duda, en su magín contradictorios pensamientos. Juzgue el lector de mi martirio al verme entre aquellos soeces criados, cuyas almas experimentaban deliciosa fruición en degradar al que creyeron Duque y en pisotear mi supuesta nobleza y caballerosidad. Defendíme al principio rabiosamente de sus groseros insultos; mas nada podían contra tantos mis fuerzas, por momentos enflaquecidas, y me entregué á las vengativas manos de aquella pequeña plebe irritada que no podía tolerar el encumbramiento ficticio de uno de los suyos. Yo creo que me habrían roto los huesos; que me habrían

arrastrado en tropel por la casa; que me habrían arrancado pedazo á pedazo los vestidos, y con los vestidos la carne; que me habrían deshecho á pellizcos, pinchazos y rasguños, si la llegada de la Condesa no hubiera puesto fin de repente á la dolorosa escena de mi crucificación. La ví aparecer cuando ya iluminaban completamente la habitación las primeras luces del día, y parecióme un ángel salvador. La sorpresa que tal espectáculo le causó, junto con lo que á su llegada le contaron, habíanla puesto como fuera de sí. La ira y la compasión se sucedían rápidamente una tras otra en su semblante. Parecía no dar crédito á sus ojos; me miraba casi exánime y maltratado, y reconocía en mis ropas las del Duque de Arión, que ella me diera para fugarme. Por de pronto, á pesar de su enojo, me libró de toda aquella canalla, y haciendo que los criados saliesen afuera, quedóse sola conmigo, mientras su tío iba en busca de quien me llevase á la cárcel.

XXIX

—Señora—le dije comprendiendo con rápida penetración sus pensamientos en aquel instante,—no me condene vuecencia sin oirme; no me juzgue ingrato, desleal y mentiroso, si tan impensadamente me encuentra aquí.

—¡De qué indigna manera me has engañado!—repuso con voz turbada por la ira.—Jamás lo creí: yo pensé que tenías en tu baja é innoble alma una chispa del fuego de honor. No: tu abyecta condición se revela en tus actos, y no es posible esperar del miserable pilluelo de las calles sino doblez y maldad. Hipócrita, ¿dónde has aprendido á fingir? ¿Cómo tu despreciable carácter, formado de todas las perfidias y malos intentos, ha podido disimularse con la apariencia de la sencillez honrada y de sentimientos nobles?

—Señora—respondí,—usía me tratará de otro modo cuando sepa qué motivos me han traído aquí.

—No quiero saber nada. ¿Has visto á mi hija? ¿La has hablado?

—Sí, señora.

—¡Oh! No es posible que viéndote haya dejado de comprender qué clase de persona eres. ¿Dónde está Inés? Que venga aquí, y si al ver este pillastre desarrapado que se disfraza de gran señor para llegar hasta ella; si al ver una palpable muestra de tu bajeza y vil condición en esta lastimosa figura de Duque, que magullado y roto se arrastra por el suelo pidiendo misericordia, persiste en creerte digno de un recuerdo, Inés no es lo que yo quiero que sea, no es mi hija, no es de mi sangre.

Y en efecto, yo me arrastraba por el suelo, magullado y roto; y confundido por el anatema de la Condesa, imploraba con inconexas palabras que me perdonase, indicando á medias frases los hechos que atenuaban mi falta.

—Señora—exclamé prosternándome hasta

tocar con mis labios los pies de Amaranta,—verdad es que he faltado á mi palabra. Arrójeme usía de aquí; entrégueme á los alguaciles; permita que me lleven á la cárcel, al presidio; mándeme matar si gusta; pero no me pida, no, de ningún modo me pida que deje de amar á Inés, porque es pedirme lo imposible y lo que no está en mi mano prometer. Usía me hablará de su casa y de todas las casas. Yo confieso mi pequeñez; yo reconozco que al lado de la grandeza de vuecencia soy como un grano de arena comparado con el tamaño de todo el mundo; yo no soy nadie, yo soy un insensato, un malvado, un miserable y todo lo que usía quiera que sea; pero yo no puedo dejar de amar á Inés. Cuando sus padres la abandonaban, yo la amé; cuando estaba sola en el mundo, yo fuí su amigo; cuando era pobre, yo trabajaba para ella. Creí que su repentino cambio de fortuna la apartaría de mí para siempre: prometí en falso; prometí lo que no podía ni debía cumplir, lo que estaba fuera de mi voluntad; prometí renunciar á lo que siempre ha sido mío, y mi ceguera y mi error han durado hasta esta noche, en que la he visto y la he hablado, señora Condesa; hasta esta noche en que he comprendido que Inés no puede, no puede de modo alguno resistir el peso abrumador de su nobleza.

Amaranta golpeó mi humillado rostro con sus pies. Sentí las suelas de sus zapatos hiriendo mi cabeza, y los encajes de sus faldas barrieron mi frente. La Condesa estaba frenética y cruel en su desbordada ira.

—¿Qué has dicho?—exclamó.—¿Que no renuncias?... ¿Sabes que un miserable como tú puede desaparecer del mundo sin que el mundo lo advierta? ¡Despreciable gusano! ¡No te aplasto por compasión, y te levantas para insultarme!

—Yo no insulto á usía—dije.—Yo respeto y venero á la que tantos deseos de favorecerme ha manifestado. Vuecencia puede hacerme desaparecer del mundo si gusta: sin duda lo merezco. Yo prometí á usía no verla más, y no he cumplido mi palabra: soy un truhán y un miserable. Vine á este Palacio sin intención de verla; encontréme solo, y una fuerza irresistible, una fiebre que me devoraba llevároнme á su aposento, donde la ví y nos hablamos largo rato. ¡Oh! ¿Me pide usía que deje de amarla? No puede ser. ¿Me pide usía que no la vea más? Pues haga su grandeza de modo que me den la muerte, porque mientras tenga un solo aliento de vida y mientras me quede fuerza para arrastrarme, correré tras ella, la buscaré, penetraré en lo más escondido y subiré á lo más alto, sin ceder en esta persecución hasta que Inés no me diga que se ha concluído la guerra á muerte trabada entre ella y su noble familia.

—¡Oh! Quiero concluir de una vez—dijo sin poder contener su agitación:—que venga aquí mi hija; la traeré aquí, te verá delante de mí, y si todavía... No, no puede ser. ¡Dios mío! ¿Qué aberración, qué absurdo es éste que presenciamos? Miserable mendigo—añadió volviéndose á mí,—vete. La culpa tiene quien te

ha dado más importancia de la que mereces. Inés te desprecia: si has creído otra cosa, te equivocas. ¿Por qué no hiciste lo que te mandé? ¿Por qué viniste aquí? Mereces la muerte, sí, la muerte. No soy cruel; pero ¿acaso la vida de un indigno sér, que se perdería en el mundo sin que nadie lo echara de menos, debe estorbar la felicidad de toda una familia, debe estorbar mi reposo y echar por tierra la grandeza de una casa como la mía? No, no puede ser. Vete de aquí; que te lleven, que te arrastren como infame ladrón que eres. Si ella lo siente que lo sienta; si padece, que padezca. Así no se puede vivir. Seré inflexible; yo enseñaré á mi hija cuáles son sus deberes; yo le enseñaré el respeto que debe tener á su nombre, y me obedecerá, cueste lo que cueste.

—Deje usía—le dije,—que la maten los demás; y cuando haya sucumbido á las violencias, á las vejaciones y á la tiranía de sus parientes, quédele á la madre el consuelo de no haber puesto las manos en ella.

—¿Qué dices? ¿Qué has dicho?—preguntó Amaranta mirándome fijamente y cambiando por completo en un instante de tono, de actitud, de expresión.—¿Qué has dicho?

—He dicho que usía no debe, que no puede contribuir á matarla.

—¡A matarla!—exclamó con estupor y como vacilando entre admitir ó rechazar aquella idea.

—Sí, señora. Bien sabe usía que Inés es muy desgraciada.

Ví entonces cómo se disipaba la ira en el rostro de Amaranta, cómo se aclaraba su semblante, cómo todo aparato de indignación y de biliosidad y de tirantez nerviosa desaparecía, sucediendo á aquella tempestad aplacada una quietud reflexiva en que al instante se sumergió su espíritu, lanzado desde las cimas de la cólera á los abismos de la meditación. Me miró largo rato, y yo la miré. Estaba profundamente pensativa. Estaba en poder de uno de esos invasores pensamientos que vienen de repente y ocupan toda el alma, que suspenden todas las sensaciones, y envuelven y embargan las facultades todas. Al fin, sin pestañear, sin apartar los ojos de mí, sin hacer movimiento alguno, exhaló un profundo suspiro y después dijo:

—Sí, mi hija es muy desgraciada.

No era sin duda la primera vez que á sí misma se decía aquellas palabras.

Sentada en el sofá, apoyó la barba en los dedos pulgar é índice, y el codo en el brazo del sillón, y así estuvo largo espacio de tiempo. Me parece que la estoy mirando. ¡Cuán hermosa y cuán imponente y subyugadora! *¡Digna concha de tal perla!* como ha dicho, no por cierto refiriéndose á ésta, sino á otra, un gran poeta contemporáneo.

Alzó luego la vista, y me examinó atentamente; ¡pero de qué modo, con cuánto interés me miraba! De sus ojos había desaparecido el rayo de la indignación que antes la hacía tan terrible. Yo no me atrevía á decir nada. Una dulce sensibilidad embargaba mi espíritu.

Amaranta, esclava de su pensamiento, volvió á repetir:

—¡Oh! sí: mi hija es muy desgraciada, y yo no puedo hacerla feliz.

Dicho esto, me miró con cierta perplejidad. En sus ojos se retrataba una viva compasión hacia mi persona, quizás algún sentimiento más favorable. Al principio creí engañarme; pero mi corazón, con su misterioso lenguaje, me indicó que habían cambiado de súbito los sentimientos de la Condesa respecto á mí. De mi pecho pugnaban por desbordarse los míos.

Acerquéme á ella y me dijo:

—¿Qué has hablado con Inés? ¿Qué te ha dicho?

No le pude contestar de otro modo que arrojándome de rodillas á sus pies. Pero ella repitió la pregunta intentando con sus manos alzar mi frente, que se había adherido con fuerza á sus rodillas.

—Señora—le contesté al fin,—me ha dicho la verdad; me ha dicho que á nadie puede amar más que á mí.

Yo besaba sus manos, y la sentí llorar.

Duró poco tiempo aquella situación. Sentimos gran ruido de voces; abrióse la puerta, y en el dintel apareció la Marquesa, terrorífica, abrumadora de cólera y de severidad. Con ella venían el diplomático, D. Diego, el verdadero Duque de Arión, algunos criados y soldados de la guardia. Amaranta no dijo nada, ni yo tampoco. La actitud en que nos encontraron debió sorprenderles más que la noticia de que había un ladrón en la casa, y estoy seguro de que cada individuo de la familia interpretaba de un modo distinto aquella escena.

En cuanto á esto, mis lectores verán más adelante algo que les interesará.

Como en opinión de la servidumbre yo era un ladronzuelo, vino gente de la policía, y cuando Santorcaz penetró en la habitación y ordenó á los suyos que se apoderaran de mí, huyeron con el rápido paso del terror las dos nobles damas. La algazara de aquel momento no me impidió percibir lejanos gritos y alteradas voces de mujer en las cuadras interiores. Un oficial de la guardia francesa, llamado á última hora no sé por quién, echó de Palacio de un modo algo despreciativo á alguaciles y alguacilado, tratándonos á todos como á gente de perversa ralea.

XXX

No tengáis compasión de mí al verme en esta cuerda ignominiosa, enracimado con otros veinte infelices. No somos ladrones, ni asesinos, ni falsificadores; somos patriotas, insurgentes de aquella gran epopeya, y nos llevan á Francia. Felizmente no se cumplió en nosotros aquel consejo del capitán del siglo, que decía á su hermano: *Ahorcad unos cuantos pillos, y esto hará mucho efecto.* Por lo que pasó después, se ha venido á conocer que también Alvarez el de Gerona entraba en el número de los pillos. No nos ahorcaron, pues